

Fábula en negro

Las hienas, indignadas, comentaban la noticia. No tiene ni puñetera gracia, aseguraba una de ellas (la más resultona, dentro de lo posible, y de nombre Lilly).

Veréis... Aquel lunes de verano había amanecido confuso en Budapest. El sol naciente iluminaba, con un rayo de flexo, la escena del crimen. Porque se trataba de un crimen, claro. Una acción desalmada en pleno corazón de uno de los zoos más antiguos de Europa. Así lo certificaba el sabueso llegado de Londres, of course, para realizar una visita privada justo esa mañana. Casualidades del reino animal.

—Por favor, no se me arremolmen. Dejen trabajar al especialista. Todos podrán aportar, con pelos y uñas, cuanto estimen de importancia para la feliz resolución del misterio. Keep calm, my friends.

El caso es que allí teníamos la prueba del delito: un horrendo charco. Ejemplares de diversas especies y familias, de dos y cuatro patas, habían acudido a contemplarlo con una curiosidad malsana, más propia de homo sapiens. Una leona venida a menos expresó, en nombre de todos, el sentir consternado ante esa visión harto desagradable. Qué barbaridad, dijo. Ya sabéis que los felinos se caracterizan por lo expeditivo de sus métodos y no por su locuacidad.

—¿A quién perjudica semejante acto?

Con esta pregunta académica comenzó sus pesquisas el detective de orejas lánguidas. Y como buen inglés, no dejó que nadie, excepto él mismo, respondiera:

—Al oso polar y los pingüinos, sin duda. Por consiguiente, quedan libres de acusación y pueden irse. Venga, venga, ahuequen el ala, compañeros, aquí no hay nada que ver.

Los pingüinos, menos simpáticos de lo acostumbrado, abandonaron el lugar entre murmuraciones. Pero el otro grandullón se mantuvo impassible y nadie osó echarlo (permittedme el chascarrillo). En cuanto al resto, seguíamos expectantes. Muchos pares de ojos (grandes y pequeños, rasgados, de pupila más o menos dilatada) observaban al relamido investigador.

—Descartemos a los sospechosos habituales. ¿Alguna orca por aquí? Porque parece obra de profesionales... ¿Tampoco tiburones blancos? No importa, me gustan los retos.

Un lince europeo, Alexander, se lamentaba: si estuviera aquí mi primo Manolo, terminaban las dudas. Ése sí que es listo.

No creáis, que aquello gustó al sabueso anglosajón. Su flema menguaba, ante la falta de avances en el caso. Decidió husmear por otro lado.

—El reguero hasta el charco final parece muy corto, lo cual evidencia que el autor podría ser rapidísimo.

Todos buscaron con la mirada al guepardo. No aparecía, y su pertenencia al clan africano provocaba recelos. Id y traedlo, se oyó entre las últimas filas.

—Wait a minute. En la sabana, recordemos, la actividad arranca tarde y no queman calorías en balde. Nada ganaría en esta aventura. Dejemos que siga desayunando.

Unos pelícanos intervinieron entonces, con gran revuelo. Habían escuchado, de una bandada que hacía escala en Budapest camino de sus vacaciones, noticias preocupantes desde el este. Algo sobre una guerra, inflación y coste del gas. Y que si era grave, peor se pondrían las cosas cuando volviera el invierno. Quizá estuviera relacionado, apuntaban, aunque nadie les dio crédito.

—Examinemos otros presuntos culpables. ¿La mantis? Imposible, por mucha devoción que pusiera. Ya sabemos que los humanos tienden a atribuirle múltiples atentados, pero resulta físicamente inviable. Acéptenme un consejo: no se fíen de los humanos. Por bellos ejemplares que algunos de ellos sean, no pueden igualarnos en intuición.

En ese momento el coro de los presentes se agitó. Sisearon escamas a ras de tierra, se despegaron algunas ventosas de allá donde estuvieran adosadas, y lo más escandaloso: a un calamar se le escapó la tinta (por la sorpresa, no por miedo, precisó él). Lo que pasaba es que el viejo Henry aprovechaba la reunión para abrirse camino entre los incautos y endosarles participaciones de la rifa mensual. Anunciaba a media voz: succulento premio, tu peso en terrones de azúcar. Y no paraba de hacer negocio. Qué zorro, protestó una gorila de buen ver; y su tonito dejaba claro que más que definirlo, pretendía ofenderlo. El detective, interrumpido en sus elucubraciones, simplemente musitó:

—Típico...

Una cotorra macho, apodada Harpo, llamó su atención. Hey, míster, tal vez debería buscar testigos de los hechos, le espetó. Y sugería interrogar al avestruz o al koala.

—¿Al avestruz? A la mínima señal de peligro, ya imaginamos qué habrá hecho. ¿Y al koala? No fastidies, pajarraco. ¿Crees siquiera que habrá separado los párpados? Mejor cierra el pico.

Alguien de familia indeterminada, pero mamífero a carta cabal, propuso revisar el historial de casos similares.

—Ya, como si salvajadas de esta índole fueran habituales. Por favor, así no ayudan. Más bien, si el autor prefiere confesar ahora y no deshonrar a toda su estirpe... Vamos, vamos, sin miedo. ¿No? Típico...

A lo lejos sonaron chirridos. Una verja abriéndose. Los operarios llegaban para su jornada laboral a esta vetusta institución, fundada en 1866 dentro del Parque de Városliget. Los pabellones de estilo art nouveau debían prepararse para recibir a los visitantes (una cárcel muy estilosa, gustaban de proclamar los papagayos con terca insistencia). El investigador de pelaje color chocolate belga babeó ligeramente. Urgía concluir su rastreo.

—Uno de ustedes ha de ser forzosamente culpable. Porque no veo por aquí a ningún mayordomo.

Nadie entendió el chiste.

—Guau, qué público más difícil. No demoremos, pues, la pregunta crucial. ¿Quién se beneficia de esta depravación? Debe de ser alguien frío como el hielo.

Otro gag muy british, hay que reconocérselo. Y su hocico alargado apuntó uno a uno a los presentes hasta detenerse, maldición, en mí. El muy perro sí que tenía olfato para hilar pistas.

Llegó la hora de presentarme. Soy una medusa de puntos blancos, apodada campana flotante. No merezco que conozcáis mi nombre. Yo derribé el contenedor de las barras de hielo y las expuse inmisericordemente al primer sol. Sí, yo, ser despiadado. La estrella del zoo de Budapest hasta hace no mucho. Buscadlo en la prensa. Mi llegada desde Australia causó sensación, pero después... me olvidaron. Lo de siempre. Estos europeos parecen más interesados en grandes cuadrúpedos, fofos y torpes, que ni siquiera soportan bien el calor.

—Ya suponía que la presión de mis razonamientos acabaría desenmascarándola. Lo que no esperaba, señorita, era un rompecabezas como aquel en cuya resolución intervino un pariente lejano, yorkshire para más señas, muchas generaciones atrás. Entonces no reconocieron su mérito. La fama se la llevaron el tal Roger Ackroyd y su asesino, según dispuso Agatha Christie en su novela. Muchos la consideran la mejor historia policíaca de todos los tiempos, ¿la han leído? ¿No? Típico... Pues no cometamos el mismo error: medusa mía, si es tan amable deje usted constancia de todos los protagonistas. Y en justa correspondencia, aparte de escribir la crónica, su único castigo será... resignarse. Cada uno ocupamos un peldaño en la escala zoológica. So please, confórmese con el suyo. Vuelva al tanque de aguas tropicales y nade, de ahora en adelante, sin más florituras.

Aubrey